



RECENSIONES

Gustavo ALARES, *Nacional-sindicalismo e Historia. El archivo privado de José Navarro Latorre (1916-1986)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, 299 páginas, por **Ferrán Gallego** (Universidad Autónoma de Barcelona)

DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2017.3512>

La atención a la biografía parece haber cobrado un impulso esperanzador en España. Ha sido crucial la atención a lo ideológico, a lo cultural, a la propia percepción de los contemporáneos en la valoración de los procesos históricos: en definitiva, el rescate de los sujetos concretos para devolverles sus motivaciones, sus redes de sociabilidad, la construcción de su propia identidad como zona epistemológica indispensable para comprender la experiencia histórica.

A este interés corresponden algunos de los trabajos que ya nos había proporcionado la tarea investigadora de Gustavo Alares, cuya excelente investigación ha recorrido elementos sustanciales de la construcción cultural del franquismo –especialmente la fabricación de su historiografía-, lo cual implica ya una especial atención a la forma en que un sistema se comprende a sí mismo y a la indeclinable necesidad de que todo colectivo llegue a serlo en el momento en que trama sus elementos de representación. Tales investigaciones eran ya garantía para afrontar el trabajo que ahora comentamos: dar a conocer el archivo privado de José Navarro Latorre y, en especial, situar las distintas facetas de su protagonista en el contexto de lo que debe ser un análisis biográfico fecundo. Eso significa evaluar la capacidad representativa de un personaje, su calidad testimonial, el modo en que nos acerca a la comprensión de un régimen examinar su particular trayectoria. La relevancia de Navarro Latorre para llegar a este punto debe derivar, además de la objetividad de su carrera, de la mayor o menor sagacidad con la que es presentada en un estudio de este tipo. Y tal asunto es el que creo que debe juzgarse en esta reseña, al ser, además, lo que el propio autor del texto nos propone como justificación de su trabajo.

Lo que se recorre con seguridad y –lo cual no es poca cosa en estos tiempos- elegancia de lenguaje y orden expositivo- es la vida de un español de una ciudad de provincias, de familia humilde, católico fervoroso y joven inquieto, que en años tan críticos como los de la II República, la guerra civil y el régimen franquista consiguió realizar una carrera política que le llevó a ostentar altas responsabilidades en los organismos educativos del FET-JONS y del Estado. Se añade a ello, aunque sin dejar de vincularlo a ese mismo proyecto político en el que se deseaba adquirir relevancia, una labor investigadora historiográfica a cuyos aspectos temáticos deben añadirse los conflictos ideológicos e institucionales existentes en un régimen de composición fundacional heterogénea.

Esta peripecia, narrada con buen pulso narrativo y de forma bien proporcionada a la relevancia

de cada etapa y aspecto vital, muestra a las claras el cumplimiento del principal objetivo de Gustavo Alares. Nos señala el modo en que se produjo la socialización de una juventud de extrema derecha católica en una ciudad de provincias, así como el papel que desempeñó en fascismo como elemento aglutinante de las inquietudes renovadoras y tradicionales de los estudiantes que procedían de organizaciones confesionales, tradicionalistas o falangistas; nos indica cómo funcionaron los factores de construcción cultural del nuevo Estado; nos aproxima a las esperanzas totalitarias del falangismo no solo en el ámbito de la educación, sino también en el de la construcción de una ideología común y una función nacionalizadora de la cultura de los españoles de posguerra; nos muestra los enfrentamientos entre tales horizontes y las ásperas resistencias de la Iglesia, tan singularmente activa en sus propuestas de un modelo educativo para el régimen; nos plantea cuál era el mundo de relaciones transversales que pudo resistir a la toma de posición en uno u otro sector en conflicto –refiriéndose, por ejemplo, a la permanencia de lealtades amistosas con quienes se movían en círculos ajenos a las propuestas nacionalsindicalistas, lo que nos da una idea del tipo de redes sociales que se construían más allá de las convencionales tomas de partido-; nos acerca a una tarea de historiador contemplada como un aspecto más de la constitución de ese gran proyecto cultural de la revolución falangista, y no como mera actividad erudita de Navarro Latorre.

Todos ellos son solo algunos de los aspectos que se analizan en el perfil de un personaje que tuvo, entre sus responsabilidades, la de ser Delegado provincial de Educación en la inmediata posguerra, Vicesecretario del Sindicato Español de Profesores de Enseñanza Media (SEPEM) a los veinticinco años, Secretario Nacional de la Delegación de Educación Nacional de FET-JONS y procurador en Cortes a los treinta. Tras su destitución en 1953, tras la muy prolongada y conflictiva aprobación de la Ley de Enseñanza Media, volvió a ocupar cargos de relevancia tras la caída de Ruiz Giménez, accediendo en 1956 a la dirección de Comisaría de Protección Escolar y Asistencia Social, en la que permanecería hasta la profunda remodelación ministerial de 1962. Todo ello nos señala una carrera política de singular relieve. Pero lo que nos muestra el texto es, sobre todo, la forma en que esta trayectoria personal se integra en la utopía y frustración de una determinada perspectiva presente en la movilización de 1936 y en las aspiraciones de un sector amplio de constructores del nuevo Estado. Es, en realidad, la inteligente crónica de una esperanza que obtuvo cumplimientos muy gratificantes, pero a los que siempre se sumó la nostalgia y desengaño de un cierto espíritu de transformación por hacer, de revolución pendiente.

En este tipo de trabajo, lo que resulta siempre más complicado es que el hilo conductor de una trayectoria de tanta densidad no se vea oscurecida por la multitud de anécdotas, los giros de la fortuna, el cambio de estrategias personales o el innumerable capítulo de relaciones en un régimen que evolucionaba sobre una dinámica de tan profunda diversidad interna. En especial –aunque Gustavo Alares no lo haya señalado con suficiente énfasis-, porque implicaba la supervivencia de un proyecto que no era solo español, pero que pudo sobrevivir precisamente a base de subrayar su singularidad, frente al fascismo europeo caído con la conclusión de la segunda guerra mundial. Ese aspecto crucial, cómo se vivió la voluntad de mantener un paradigma cultural, cuál era su especificidad española en comparación con otros movimientos totalitarios, y cómo pudo perpetuarse precisamente gracias a esa particularidad tradicional, católica y revolucionario-conservadora del fascismo español, es quizás uno de los aspectos en los que avanzo ya algunas de mis discrepancias con este libro.

Señaladas las bondades del trabajo que se reseña, que considero sin dudarle una aportación

notable al conocimiento de los diversos aspectos de la historia del franquismo que se han mencionado, debo señalar algunas objeciones, ausencias bibliográficas e incluso discrepancias de perspectiva en el análisis de la formación del fascismo español, de la heterogeneidad y los conflictos del régimen, así como de la reflexión sobre el fascismo, como experiencia global, que en el libro se contiene. Debo señalar, honestamente, que esta diferencia de perspectiva debe considerarse de este modo: como una discrepancia. Y, en cualquier caso, lo más crítico que puede haber en ella es que Gustavo Alares haya argumentado con mejor o peor fortuna sus propias posiciones en este campo.

En lo que se refiere a los aspectos bibliográficos, creo que la ambición explicativa del autor obligaba a considerar algunas investigaciones recientes –y no tan recientes– referidas a aspectos que él considera centrales. Así, los diversos trabajos escritos por el profesor Francisco Morente al estudiar la depuración del magisterio y las políticas educativas comparadas en los diversos fascismos europeos, en especial el alemán, el italiano y el español. Los conflictos entre diversos sectores del régimen en la construcción de un gran proyecto cultural –que no se refiere solamente a los aspectos educativos– merecía la mención de las investigaciones de Sara Prades, entre ellos su tesis doctoral sobre la “generación del 48”, o el libro de Onésimo Díaz sobre el grupo “Arbor”, que en buena medida se refiere a este conflicto. Incluso podrían haberse mencionado los textos mismos de los máximos representantes de esta discrepancia, porque resultan cruciales para definir un conflicto que el propio Alares considera que trasciende el espacio exclusivo de la lucha por el poder académico, para referirse a una noción más amplia de la política cultural del régimen y a la legitimación del 18 de julio como solución al conflicto entre la nación española y la modernidad.

Añado a estas objeciones bibliográficas tan ligeras –porque una de las virtudes del texto es su erudita base bibliográfica– lo que me parece la principal de mis discrepancias con él. Creo que la discrepancia obedece, más bien, a un modo defectuoso de argumentar algo que, en el texto, se presenta como un factor esencial: la forma en que el fascismo actuó como elemento sintetizador y pudo ser insustituible forma de integrar diversas rebeldías juveniles en un solo espacio donde los factores de tradición y modernidad, de revolución y rescate de España, de movilización de masas y de responsabilidad de las minorías, pudieron encontrarse en un momento de crisis. Sin embargo, la argumentación con la que se defiende esta función integradora no queda clara. En especial, porque se renuncia a un método que creo indispensable al analizar ese proceso de fascistización necesario para comprender no solo la capacidad integradora del régimen, sino también los límites de sus antagonismos internos. El método para comprender ese proceso constituyente del fascismo español solo puede ser el de examinarlo como fue: es decir, contemplando la manera en que diversos integrantes de un amplio espacio antirrepublicano se relacionaron y se reconocieron como parte de un mismo lugar político, como germen de un mismo proyecto y, desde luego, como camaradas de una misma movilización armada. Sucedió así en todos los fascismos europeos, en especial el largo trayecto del nacionalsocialismo por un “periodo de lucha”. Pero, en el caso español, adquirió características singulares, en las que el catolicismo esencial del falangismo, su concepto de la revolución como restauración de una España eterna, su extrema vinculación ideológica a la crítica social-cristiana del liberalismo, su clara complicidad cultural con el tradicionalismo en su defensa de un sistema de representación orgánica, y otros elementos de especial relevancia y específico curso español, permitieron que fuera el falangismo precisamente –a pesar de su supuesta marginalidad en los años republicanos– el que consiguiera hacerse con elementos simbólicos del poder y con muchas palancas políticas del nuevo régimen. Tal capacidad sintetizadora no era el producto de la desnaturalización de

Falange, sino precisamente de la especial naturaleza de Falange en el marco del fascismo europeo. Creo que la trayectoria personal de un jaimista, católico y finalmente falangista Navarro Latorre es ejemplar en este despliegue de síntesis creativas en las que pudo integrarse en nuevo régimen. No creo que la discrepancia sea tan profunda, pues lo que importa es obsesionarse menos por los caracteres del “fascismo genérico” que por la riqueza de la experiencia social de la contrarrevolución o de la “revolución” nacionalsindicalista. Y creo que el libro de Gustavo Alares, una ejemplar introducción a la lectura de un archivo personal, demuestra en su desarrollo justamente esta forma de realizarse históricamente un proyecto que debe distinguir entre la etapa fundacional coincidente con la hegemonía europea, y una fase posterior a la fractura de las potencias del Eje a partir de 1942-43.